

## Entre Apus y Chullachaquis: la Cultura Amazónica peruana en el siglo XXI

*Por Róger Rumrill*

Las caudalosas migraciones de pobladores andinos que han descendido desde fines del siglo XX y principios del siglo XXI sobre todo a la Alta Amazonía de San Martín y a Madre de Dios, en el sur amazónico, además de los que bajaron a las áreas amazónicas desde Junín y Pasco (la Selva Central) y de otras regiones andinas están reconfigurando la cultura amazónica peruana tanto en el habla popular, la culinaria, la política, la economía e incluso en el biotipo humano. Hay un cambio en el rostro y el alma del poblador amazónico principalmente de la Alta Amazonía.



Es decir, la histórica y ancestral desconfianza y hostilidad entre andinos y amazónicos, principalmente con las nuevas generaciones de origen andino que nacen en la Amazonía, está transformándose en una alianza y en un sincretismo cultural: los Apus andinos se están dando de abrazos con los Chullachaquis amazónicos, los protectores de la naturaleza.

Esta hostilidad muy antigua empieza a diluirse. En su ensayo titulado “Incas y Amazónicos. Antagonismo étnico ancestral”, el notable arqueólogo e historiador peruano Federico Kauffmann Doig, escribe: “La palabra **chuncho** era el nombre que los cordilleranos del Incario empleaban para referirse despectivamente a los pobladores amazónicos; este término subsiste en la actualidad, siempre con carácter discriminatorio. Atendiendo a la denominación referida, así como a testimonios históricos varios, se concluye que en el Incario se consideraba a los amazónicos portadores de una cultura inferior, por ser ésta menos compleja o por lo menos diferente que la

exhibida por los Incas cordilleranos. Es posible que la asignación de un status cultural inferior al poblador amazónico provenga de tiempos pre Incas remotos”.

En el mismo ensayo, Kauffmann señala que este mayor desarrollo cultural de los Incas es, posiblemente, el reto y el desafío de vencer las dificultades naturales y de toda índole para construir una cultura, una nación, una civilización. Coincidiendo con la tesis del reto de la historia del famoso historiador inglés, Arnold Toynbee.

Esta teoría cíclica de Toynbee afirma que las civilizaciones son el resultado de la respuesta de un grupo humano a los desafíos que sufre, ya sean naturales o sociales. De acuerdo a esta teoría, una civilización crece y prospera cuando su respuesta a un desafío no solo tiene éxito, sino que estimula una nueva serie de desafíos. Entonces, al aceptar el reto de la historia, como en el caso del Imperio Incaico e incluso de las culturas preincas, se crea y se construye un imperio y una civilización con logros en todos los campos: arquitectura, sistemas productivos, ciencia y conocimiento, organización social y política.

Sin embargo, esta imagen desvalorizada que los Incas tuvieron de los pueblos del Antisuyo, sobre los pueblos indígenas amazónicos y que el Perú hipercentralista y eurocéntrico tiene de la Amazonía incluso actualmente (el Amauta José Carlos Mariátegui escribió en “Los 7 ensayos...” “que la Amazonía es un espacio colonial del Estado peruano) no se condice con la realidad y la cultura de los indígenas amazónicos. No construyeron monumentos de piedra, andenes ni canales para el uso del agua porque el medio donde vivían no les permitía y porque además eran innecesarios.

Pero a través de los milenios, dialogando con la Madre Naturaleza, con su concepción cosmocéntrica de la vida que hoy día asombra a la ciencia, elaboraron y crearon saberes, prácticas, conocimientos, cosmologías y cosmovisiones que ahora, en el contexto del colapso civilizatorio ocasionado por el coronavirus y la crisis del sistema y el cambio climático, son el mejor y más sabio paradigma y la utopía social como destino para un nuevo pacto con la naturaleza, la única vía de sobrevivencia de la especie humana en el planeta Tierra.

## **Los Andes y la Amazonía a través de la historia**

El antropólogo cusqueño Óscar Paredes Pando, autor imprescindible en el estudio de las relaciones andino-amazónicas sobre todo en la región sur del país, afirma que hace aproximadamente veinte mil años existe una relación social y cultural de las poblaciones asentadas en la Amazonía occidental y los Andes Orientales. El mismo autor señala que uno de los puntos de encuentro fue el Alto Acre (Brasil) y Madre de Dios en el Perú.

Esta relación, asimétrica y prejuiciosa por parte de los Incas, “esta **otredad amazónica**”, como lo define la estudiosa Ana Molina Campodónico en su excelente estudio sobre la poesía amazónica “La búsqueda de la voz propia”, no impidió sin embargo un frecuente intercambio de bienes naturales: plumas, plantas medicinales, madera y carne por parte de los pueblos amazónicos-los Harakmbut y los Ese Éje de Madre de Dios y herramientas de metal del lado incaico. De acuerdo a los historiadores, la sal era el producto más valioso del intercambio andino-amazónico.

En el año 1438 estalla la gran rebelión de los Chancas y Pocras contra el Imperio Incaico. La historiadora María Rostoroswki afirma que este fue el momento más crucial para el imperio. Porque los Pocras y Chancas estuvieron a punto de tomar el Cusco. Pero finalmente el ejército imperial derrotó a las fuerzas aliadas de pocras y chancas que huyeron hacia la Alta Amazonía. Fue tan importante y decisivo ese triunfo imperial celebrado por los haravicus incas, que a partir de esa victoria el Imperio Incaico alcanzó su mayor consolidación y expansión en América del Sur bajo el mando del Inca Pachacútec.



Durante el período colonial y la época republicana, la relación andino-amazónica no cesó nunca. Pero fue a fines del siglo XIX y principios del siglo XX que este proceso se torna mucho más intenso con el ciclo del caucho, del **oro negro**. Thomas Moore, antropólogo y destacado estudioso de la Amazonía en particular de Madre Dios y los pueblos indígenas, señala que los migrantes andinos, principalmente de Puno, entraron a la Amazonía por el camino de herradura abierto y administrado por la Inca Mining Company y la Inca Rubber Company a mediados de la primera década del siglo XX. Estos migrantes eran luego reclutados mediante el sistema de enganche por las empresas caucheras que operaban en Madre de Dios y particularmente en el río Tambopata.

Pero fue en el siglo XX cuando la población andina inicia un éxodo masivo hacia la Amazonía. Varios factores jugaron a favor de este proceso: la feudalidad y la explotación campesina antes de la Reforma Agraria 17716 del general Juan Velasco Alvarado del 24 de junio de 1969; la visión que la política y las clases dominantes instalan en el imaginario del pueblo sobre la “tierra prometida amazónica”.

A tono con la prédica de la “conquista del Perú por los peruanos”, el primer gobierno del Arq. Fernando Belaúnde Terry (1963-1968) pone en marcha varios proyectos de colonización de la Selva e inicia la construcción de la Marginal de la Selva (ahora carretera Fernando Belaúnde Terry) que en los años 70 del siglo XX se convierte en un río humano de migración andina hacia la Selva Alta de San Martín. En la década del 70 la tasa de migración en la región era la más alta del país: 7 por ciento.

Resultado de esta migración que no ha cesado, nace la primera ciudad amazónica en cien años, **Nueva Cajamarca**, y las ciudades como Moyobamba, fundada en 1538 por el español Juan Pérez de Guevara con el nombre de “Santiago de los ocho Valles de Moyobamba, la capital departamental, se expande y crece igual que otras ciudades y pueblos.

En el caso de Madre de Dios, además de los contactos incaicos y la migración cauchera, el ciclo del oro provocó una masiva migración andina en pos de “la quimera del oro”. Se estima que desde que el precio del metal precioso se disparó por la crisis mundial y la onza troy del oro (34 gramos), alcanzó la cima de 1800 dólares, en el segundo decenio del siglo XXI han bajado desde el Cusco, Puno, Arequipa y otros departamentos andinos, aproximadamente 40 mil hombres y mujeres para engancharse en la semiesclavitud de los campamentos de extracción aurífera, metal que igual que los hombres y mujeres, baja también de los Andes, de la Cordillera de Ananea, en forma de pepitas por los ríos andinos que se precipitan hacia el río Madre de Dios y sus afluentes como el Tampopata, el Inambari y el Huaypetue, entre otros.

No solo la migración andina produjo cambios de profundidades sísmicas en la Alta Amazonía, en Moyobamba, Rioja, Soritor, Saposo, Tarapoto y otras ciudades y pueblos. También los terremotos del 29 de mayo de 1990 y del 4 de abril de 1991 que sacudieron la región e hicieron colapsar la vieja arquitectura urbana de paredes de adobe. Las construcciones de cemento y fierro modificaron la cara de las ciudades y la cultura urbana de sus pobladores. A ello hay que agregar la violencia política de Sendero Luminoso (SL) y el Movimiento Revolucionario “Túpac Amaru” (MRTA) con su secuela de miedo, terror y muerte y luego el ciclo del **oro blanco**, el narcotráfico, que sembró los huevos de la serpiente de la violencia y la corrupción, un mal endémico en el Perú.

En el caso de Pucallpa, ubicada de orillas del río Ucayali, fundada a fines del siglo XIX por colonos sanmartinenses, la migración andina no tuvo el carácter aluvional de San Martín y Madre de Dios. Inaugurada la carretera “Federico Basadre”, la primera vía de integración hacia la Amazonía en 1942, durante el gobierno de Manuel Prado, el flujo de migrantes andinos ha sido constante en las últimas décadas siguiendo esa vía y los ciclos de la madera, de la palma aceitera y ahora del narcotráfico. El nuevo epicentro del narcotráfico es hoy Pucallpa y toda la cuenca del Ucayali.

En el caso de Iquitos, la capital de Loreto, la migración andina ha sido mínima, contada con los dedos de la mano por una razón sencilla: la distancia y lejanía y porque la única forma de llegar a Iquitos es por la vía fluvial y aérea y quizás también por la hostilidad del calor. Pero la influencia de otras culturas vecinas, como la brasileña y colombiana, así como de las distantes culturas europeas en el ciclo del caucho, han marcado indeleblemente la cultura loretoana en la culinaria, la música y también en el español amazónico.



Amazonas es una región andino-amazónica con una la mayor población indígena amazónica, que se estima en 60 mil, los Jíbaro-Jíbaro, que, de acuerdo a la historia, resistieron primero a la penetración incaica en la región, luego a la conquista española. La capital de Amazonas, Chachapoyas, todavía hace algunos años lucía un aire señorial y mantenía un áspero prejuicio racial y colonialista contra los Jíbaro-Jíbaro que habitan la Provincia de Condorcanqui. Desde los años sesenta y setenta del siglo XX, con la apertura de la Carretera Marginal y otras vías de penetración hacia los territorios amazónicos del río Marañón y sus afluentes, el flujo de la migración andina y también costeña ha sido constante.



A lo largo del ciclo cauchero y sobre todo en el período del auge, en el primer quinquenio del siglo XX, arribaron a Iquitos españoles, portugueses, judíos, franceses, alemanes e italianos-además de chinos, hindúes y pakistaníes- que rápidamente se hicieron de grandes fortunas con el caucho y otros negocios. La burguesía cauchera en Iquitos era de origen europeo y sus descendientes constituyeron la base de las clases altas en Iquitos y otras ciudades de la Baja Amazonía. La pobreza rural y el abandono de Estado ha provocado en las últimas décadas un verdadero “vaciamiento” rural en dirección a las urbes. Iquitos es ahora una ciudad con el rostro multiétnico indígena amazónico y de otras identidades.

San Martín fue la matriz del mestizaje español-indígena desde las primeras penetraciones hispanas en los siglos XVI y XVII, las expediciones que buscaron el utópico “El Dorado”, como el de Pedro de Ursúa. El mestizaje español-indígena engendró un biotipo de tintes europeos de la mayor parte de la población hasta bien entrado los años sesenta del siglo XX. Hoy en día, gracias al aluvión migratorio andino de origen quechua, las mujeres moyobambinas, riojanas tarapotinas, soritorinas

o saposóinas y de otros pueblos tienen un biotipo de piel color canela y pómulos salientes y ojos negros de raíz y herencia quechuas y la esbeltez de palmera huasá y la cadencia sensual de los oleajes del río Tónchima de la belleza de las mujeres amazónicas.

Hoy en día la culinaria en la Alta Amazonía tiene olores, sabores y contenidos andinos, además de sus esencias amazónicas. El **upe**, esa bebida amazónica que alimentó mi niñez es ahora poco menos que una curiosidad en los mercados y hogares de las ciudades sanmartinenses. Salvo el **juane** y la sopa **inchicapi**, que la poderosa influencia culinaria andina no ha podido cambiar, siguen siendo los platos emblemáticos de la cocina amazónica con la marca insustituible de la hoja del **bijau**, la hoja envoltorio que le da su raigal identidad. La frase que encierra una verdad universal de “Dime qué comes y te diré quién eres” es más pertinente que nunca en la Alta Amazonía andino-amazónica.

La andinización amazónica también ocurre en la política. En las últimas décadas, desde que se inició la pacífica invasión andina, principalmente desde los años setenta del siglo XX, prácticamente todas las autoridades elegidas en las ciudades amazónicas, en especial de San Martín y Madre de Dios, gobernadores y alcaldes, son casi siempre de origen andino.

Lo andino-amazónico empieza a ser, en la Amazonía Peruana, no solo una expresión de la cultura, sino también puede y debe ser una alianza estratégica en la construcción de una nueva utopía social en la Amazonía y todo el Perú.

## **La matriz indígena de la cultura amazónica**

La matriz de la cultura amazónica es indígena, pero como toda la cultura peruana en general-a excepción de las culturas indígenas andino-amazónicas-están permeadas y fagocitadas por el eurocentrismo.

Porque como afirma el científico social y pensador peruano, Aníbal Quijano, la colonialidad del saber, el poder y la subjetividad han edificado un sistema hegemónico en todos los campos: la economía, la política, la cultura y el arte. Han construido un imaginario eurocéntrico que gobierna no solo las mentes, sino todo el modelo de vida.

En su ensayo “Colonialidad y modernidad/racionalidad” (1992), Aníbal Quijano explica el concepto: “Colonialidad es un neologismo necesario. Tiene respecto del término colonialismo, la misma ubicación de modernidad respecto de modernismo. Se refiere, ante todo, a las relaciones de poder en las cuales las categorías de” raza”, “color”, “etnicidad”, son inherentes y fundamentales”.

“Este pensamiento eurocéntrico es equivalente y parte integral del colonialismo-imperialismo, occidental euroamericano; modernidad y colonialismo e imperialismo son ontológicamente constitutivos de este pensamiento y se expresan a través del capitalismo”, escribe Stefano Varese, destacado científico social ítalo-peruano, autor de “La Sal de los Cerros”, un estudio fundacional de la antropología y la etnografía amazónicas.

El mismo destacado pensador agrega: “Desde la sinrazón de la teología judeo-cristiana de los siglos XVI y XVII, pasando por la desrazón del despotismo ilustrado del siglo XVIII, la super-razón del empirismo industrial y postindustrial, hasta la dictadura intelectual de las ciencias socio-biológicas que aspiran a condicionar la vida del cosmos a los designios del capital, la ciencia colonial e imperial se ha construido y reproducido a espaldas y en contra de la ética de un universo integrado por relaciones inter-subjetivas de la totalidad bio-física”.



Este eurocentrismo, esta colonialidad del poder, del saber y la subjetividad-en un país como el Perú que acaba de celebrar el bicentenario de su independencia política-es un registro de fábrica, la piedra filosofal y un dogma sacrosanto que reina y gobierna de mil formas y en todas partes: en la economía, el pensamiento, el arte, la educación y los saberes. “Los contenidos de la educación, que al final son la ciencia que va dando desde el primer grado de la escuela primaria, con un ritmo hasta el término de la preparatoria, es una ciencia por completo eurocéntrica”, reflexiona el filósofo Enrique Dussel. Luego agrega: “Entonces, nuestros alumnos en realidad están formados de espaldas a su realidad en todos los campos, y sobre todo en uno que para mí es el horizonte de toda la ciencia: la historia, ya que desde ella se puede reinterpretarse la geografía, la lengua, la química, la física. Todo; es decir, la educación”.

La expresión de esta colonialidad del poder y del saber es el Perú de hoy. El Perú como nación es multiétnica, multicultural y multilingüe. Pero el estado, de origen colonial, es monocultural. El estado es disfuncional a la nación que tenemos, causa y razón de la enorme fractura, sobre todo racista, que existe en el Perú.

En el Perú hay 55 pueblos originarios. De esos 55 pueblos, 51 son indígenas amazónicos y 4 andinos. Los 4 pueblos originarios andinos son: Uro, Jakaru, Aimara y Quechua. El mapa etnolingüístico amazónico está integrado por las siguientes familias: Arawak (Culina, Asháninka, Ashéninka,

Caquinte, Chamicuro, Matsiguenga, Nomatsiguenga, Yánesha o Amuesha, Piro o Yine y Resígaro; Bora-Huitoto (Bora, Huitoto, Ocaina); Cahuapana (Chayahuita, Jebero); Harakmbut (Amarakaeri, Arasaeri, Toyoeri y Wachipaire); Jíbaro-Jíbaro (Achual, Achuar, Awajún, Wampís, Candoshi, Jíbaro); Pano (Amahuaca, Capanahua, Cashibo-Cacataibo, Cashinahua, Mayoruna-Matsés, Nahua-Murunahua, Shipibo-Conibo-Shetebo, Yaminahua); Peba-Yagua (Yagua); Kichwa (Kichwa del Pastaza y el Tigre); Shimaco (Urarina); Tacana (Ese'Ejja); Tikuna (Tikuna); Tukano (Orejón, Secoya); Tupí-Guaraní (Kukama-Kukamiria); Záparo (Arabela, Iquito)

## **La cultura amazónica de hoy**

La cultura, como bien lo han definido las ciencias sociales, es multidimensional. Todo lo que el ser humano hace, inventa, imagina, construye, es cultura. La cultura es la piedra angular de una nación. El Perú, como ya anotamos, es un país multicultural, multiétnico y multilingüe. Esta multiculturalidad y multiétnicidad aporta al Perú múltiples identidades como el quechua, aimara, Jakaru, Uru y de las culturas indígenas amazónicas, con 13 familias etnolingüistas y que hablan 60 lenguas. Además de mestiza, blanca, asiática, afrodescendiente, entre otras.

Ahora bien, ¿existe una cultura amazónica? En un ensayo titulado “La cultura y el arte en la Amazonía y la nueva utopía social en el siglo XXI”, he afirmado lo siguiente: “Si a lo largo de los siglos y milenios una suma de factores de diversa y múltiple índole, histórica, geográfica, lingüística, económica, legendaria y mítica, han constituido las culturas nacionales como la griega, china, francesa, argentina, mexicana y peruana, es posible pensar e imaginar que elementos constitutivos de la misma naturaleza hayan producido las culturas regionales con sus respectivas especificidades. La cultura regional amazónica es una de éstas en el caso de toda la cuenca amazónica sudamericana y la cultura amazónica en caso del Perú”

La Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA), creada en 1995 y cuya organización original fue el Tratado de Cooperación Amazónica (TCA) que nació en 1978, está integrada por ocho países: Perú, Bolivia, Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador, Surinam y Guayana. Toda la cuenca amazónica es un espacio estratégico de 8 millones, 470 mil kilómetros cuadrados.

De estos ocho países, el Perú y Brasil son los dos países que poseen una cultura amazónica definida y con características propias. La razón de fondo es que estos dos países tienen un poblamiento y ocupación histórica de sus amazonias de muy larga data. Además de sus raíces identitarias indígenas. Los demás países tienen una cultura amazónica en formación y proceso de afirmación identitaria.

La cultura amazónica peruana tiene como hemos señalado reiteradamente una matriz indígena. Pero el etnocentrismo de la cultura nacional peruana ha intentado invisibilizar y hasta borrar esa matriz. Pese a ello, está viva y presente, con sus esencias y sabores insustituibles en la culinaria; en las cadencias rituales de la música; en el español amazónico y en la literatura, la pintura, las danzas y en las tradiciones y leyendas que alimentan el imaginario amazónico.



Los hombres y mujeres amazónicos no indígenas siguen creyendo que si un búho canta en la huerta está anunciando el nacimiento de una niña o niño; que cuando una mariposa azul entra a la casa está diciendo que habrá visitas; que el **tunchi** es el alma de los muertos; que todo tiene madre en la naturaleza amazónica, los ríos, las cochas, los árboles; que los animales **cutipan**, es decir, transfieren sus características físicas cuando las mujeres embarazadas miran un perezoso (**Bradipus tridactylus**) o un delfín colorado (**Inia geoffrensis**), el niño nace con el síndrome de Down o **pucacho**, colorado y gringo como el delfín colorado, respectivamente.

En toda esta polifonía de sonidos, sentidos y creencias está el registro, la herencia y el legado del rico panteísmo, animismo y el cosmocentrismo de las cosmologías y cosmovisiones indígenas amazónicas.

Todo el arte amazónico actual está penetrado y enriquecido por la matriz indígena. Tanto la narrativa, como la poesía, se alimentan e inspiran en la etnoliteratura indígena, en el tiempo circular y cíclico del tiempo, los paradigmas y toda la episteme indígena.



La mejor pintura amazónica de hoy le debe sus formas, sus ricas texturas e imágenes al mundo de las representaciones, metáforas y símbolos indígenas. Allí están, para probarlo, los pintores **selvistas** y figurativos como César Calvo de Araujo y Américo Pinasco, además de Yando, el primer pintor mágico-expresionista y los destacados pintores Pablo Amaringo, Eduardo Meza Saravia y los más sobresalientes y destacados de las primeras décadas del siglo XXI: Samuel Coriat, Nancy Dantas, Gino Ceccarelli, Christian Bendayán, Juan Orsi, Rember Yahuarcani, Maikel Sinarahua y Sixto Saurín, entre otros, todos están de una manera u otra influenciados por la matriz indígena.

Es el caso de Juan Orsi Salazar, un pintor amazónico que reside en Italia. Sus óleos son recreaciones del arte Shipibo-Conibo-Shetebo de la familia Pano, basados en esas espléndidas y bellas geometrías de los mantos, tejidos y cerámica que representan las cosmologías Pano y que los acercan a la pintura moderna del siglo XX de Cézanne, Mondrian, Klee y del propio Picasso por su estilización gráfica y el refinado geometrismo de sus representaciones simbólicas.

La literatura amazónica actual tiene la indeleble y valiosa impronta de la etnoliteratura indígena y la tradición oral mestiza. En los cuentos y relatos de los escritores actuales, se revelan y recrean las cosmologías, los saberes y los mitos fundacionales y la sensibilidad de lo mágico y mítico del universo amazónico y cuya mejor expresión es el realismo mágico amazónico.

En mi ensayo titulado “Arte, Postmodernidad y el Realismo Mágico”, uno de los capítulos de mi libro titulado **La Amazonía Peruana. La última renta estratégica del Perú en el siglo XXI o la Tierra Prometida** (CONAN-PNUD, Lima, Perú, 2008), formulo la siguiente reflexión: “Esta sensibilidad de lo mágico es la marca de registro y el valor agregado de todas las expresiones y manifestaciones artísticas de hoy en la Amazonía Peruana. En la pintura, tanto en el color como en la composición, está la impronta de la cosmovisión indígena; la poesía está abandonando el facilismo descriptivista y se sumerge en un intenso lirismo alucinatorio; la narrativa, de la mano de algunos **materos** (los guías y conocedores del bosque), perdida por décadas en el **selvismo paisajístico**, penetra hoy en el universo del realismo mágico; el teatro todavía tiene que inventar y crear el **teatro circular** o *boa*, con las estructuras y circularidades del tiempo cíclico de la visión temporal mítica y mágica y la música y la danza están a la caza de los sincretismos tonales de las sinfonías del bosque y sus habitantes en un proceso de creación de una coreografía original a partir de la ritualidad y la sacralidad de las danzas indígenas, que pueden desafiar en su belleza gestual y solemne el espectáculo dancístico de la sociedad del espectáculo de Occidente en el siglo XXI”.

*En el mismo ensayo agrego la siguiente reflexión:*

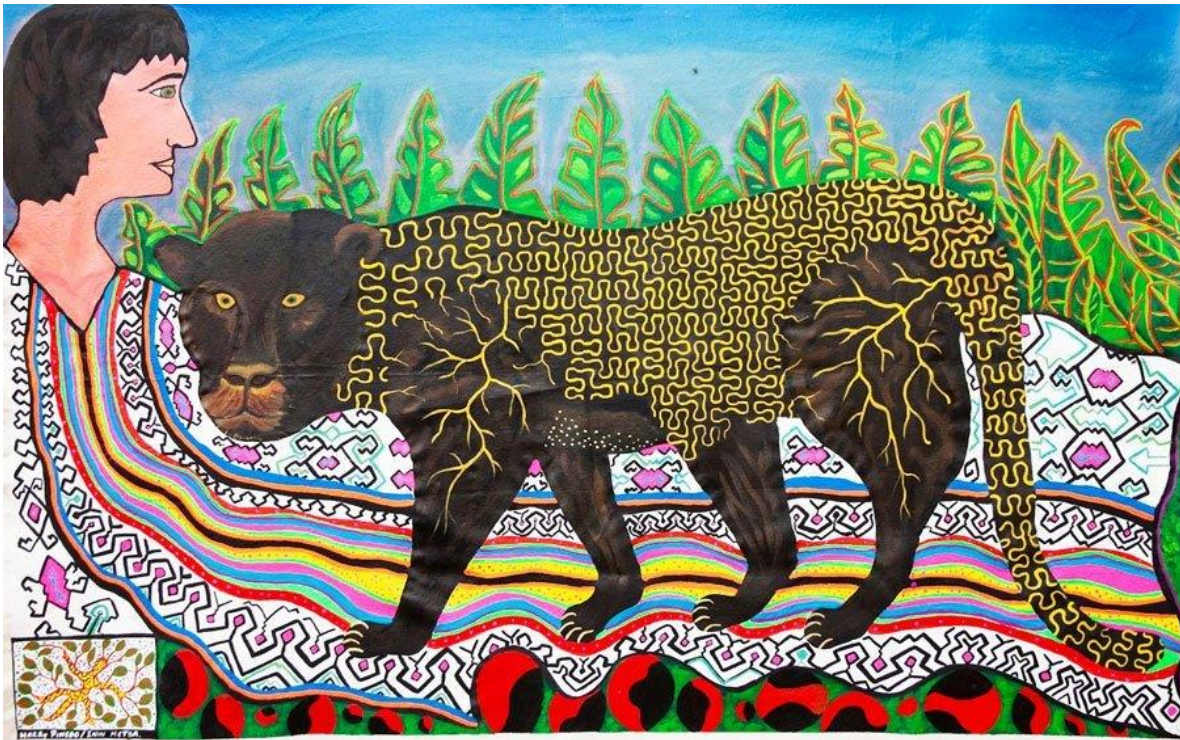
“Si el advenimiento de la modernidad solo fue posible luego de los cambios y transformaciones de la Edad Media, paralizada durante diez largos siglos por su asunción dogmática de la fe y la razón, la postmodernidad amazónica desde la cosmovisión amazónica es, igualmente, la puesta en cuestión de todos los extravíos y excesos de la modernidad en la economía, la cultura, la política y sobre todo en su voluptuosa e insaciable capacidad destructora de la Madre Naturaleza”.

Este pensamiento tiene su origen y su partida de nacimiento en el Grupo Cultural “Bubinzana”, la generación que fue un parteaguas en la literatura y cultura de la Amazonía en el siglo XX. Fue un día de 1960 cuando convocamos a un grupo de artistas a mi domicilio para la fundación del Grupo Cultural “Bubinzana”. Bautizando a nuestro grupo cultural como *bubinzana* (**Calliandra angustifolia**), un arbusto de flores violetas con propiedades alucinogénicas y que crece en las orillas de los ríos y lagos y que, según las versiones legendarias, allí amarran sus canoas los dioses míticos como las Yaras y los Yacurunas. Bautizando a nuestro grupo como “Bubinzana” estábamos reconociendo a uno de los más destacados narradores de nuestra Amazonía, el novelista Arturo D. Hernández y autor de la novela “Bubinzana”; también estábamos afirmando nuestra valoración de los saberes, prácticas, cosmologías y cosmovisiones de los pueblos indígenas amazónicos, a contracorriente del eurocentrismo que desprecia los saberes y prácticas indígenas calificándolos con soberbia ignorancia como supersticiones.

## La Amazonía Peruana: entre Apus y Chullachaquis

Los Apus son los dioses tutelares. Son las montañas vivientes que tienen influencia directa sobre los ciclos vitales de la naturaleza. La mayoría de los Apus son glaciares, es decir, depósitos y reguladores del agua de las lluvias que alimentan los bofedales, las lagunas y los ríos andinos. Sin esas aguas no habría ni plantas, ni animales ni seres humanos y, por lo tanto, no se habría producido la génesis y el nacimiento de las culturas pre-incas y tampoco la civilización Incaica.

Esas lluvias se originan en el bosque amazónico, en el reino de los Chullachaquis, el dios protector de la floresta. Un solo árbol del bosque amazónico transpira y suda como promedio mil litros de agua al día y que fluyen a la atmósfera en forma de nubes. Los 700 billones de árboles que crecen solo en una superficie de 5.5 millones de kilómetros cuadrados (toda la cuenca amazónica tiene una superficie de 8 millones, 470 mil kilómetros cuadrados), suman aproximadamente 20,000 millones de toneladas de agua dulce. Un verdadero océano de agua dulce.



Esas nubes son empujadas por los vientos alisios hacia los Andes donde, en el intento de transponer las cumbres y los picos cordilleranos, se precipitan como lluvias y una parte se congela en la forma de glaciares que coronan de blanco la cabeza de los Apus como el Sara Sara, el Coropuna, el Chachani y el Huascarán.

En consecuencia, por una cuestión de supervivencia, la primera alianza entre los Apus andinos y los Chullachaquis amazónicas es ambiental. La alianza andino-amazónica que se está tejiendo en la Amazonía debe tener como uno de sus grandes y primeros objetivos salvar y proteger el bosque y,

por lo tanto, las lluvias que forman los glaciares. Mucho más ahora que el calentamiento atmosférico ha derretido el 25 por ciento de todos los glaciares de los Andes tropicales.

La otra alianza que se está bordando, todavía con una difícil y complicada trama, es la cultural. El mayor contrapunto de esta alianza es, con frecuencia, las dos visiones a veces contrapuestas entre los colonos andinos y los pueblos indígenas amazónicos. Para los colonos andinos la visión del desarrollo es la del bosque talado, arrasado, incluyendo los santuarios ecológicos de los aguajales (rodales naturales de agujajes, **Mauritia flexuosa**, la reina de las palmeras amazónicas) para la siembra de arroz, maíz, café y cacao. Para los pueblos indígenas amazónicos el bosque es una arquitectura sagrada y es posible construir desarrollo económico con el bosque en pie, inventando una bioeconomía, una economía circular, un modelo a contracorriente del extractivismo, de la deforestación masiva y del modelo primario-exportador.

La alianza cultural sincrética entre Apus y Chullachaquis, se alimenta de muchas coincidencias y afinidades, en sus saberes, pensamientos, cosmologías y cosmogonías. Un aporte decisivo de la cultura andina será el comunitarismo, el comunalismo, que reforzará la organización comunal indígena ancestral, así como la comunidad nacida con la Ley 20653 del 24 de junio de 1974, la Ley de Comunidades Nativas y de Promoción Agropecuaria de las Regiones de Selva y Ceja de Selva, promulgada durante el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, liderada por el General Juan Velasco Alvarado.

Otra piedra miliar de este encuentro entre Apus y Chullachaquis son y serán las identidades andinas, como afirma el **yatiri** de la poesía, el ensayo y la narración, José Luis Ayala, sin duda el más destacado intelectual andino de hoy: “Así entonces, el mayor desafío que debe afrontar la cultura andina frente a la globalización es que necesariamente debe conservar sus raíces y proyectarse a una distinta universalidad, en un esquema que al mismo tiempo le permita consolidar sus valores y asimilar los aportes de una tecnología cada día más sorprendente”.

La tercera alianza, decisiva y trascendental será política y social. Hay antecedentes históricos al respecto. Pero sin duda la mayor y la que significó un primer **Pachacuti** político y social no solo en la región amazónica sino en todo el Perú colonial fue la rebelión panamazónica de Juan Santos Atahualpa en 1743. Este levantamiento andino-amazónico hizo retroceder durante un siglo a la dominación colonial en la Amazonía.

La otra alianza andino-amazónica se produjo el 5 de junio del año 2009, conocida como el “Baguazo” y que tuvo un epílogo trágico por la violencia desatada contra la resistencia indígena en la llamada “Curva del diablo” por el Estado. La resistencia indígena amazónica, que tuvo el apoyo de los colonos andinos que proporcionaron alimentos y transporte a los resistentes, fue en rechazo y la demanda de derogatoria de los más de 100 decretos legislativos promulgados por el presidente Alan García Pérez para la implementación en el año 2006 del Tratado de Libre Comercio (TLC) con EEUU., y que atentaban contra los derechos territoriales de los pueblos indígenas amazónicos.

La Comisión Multisectorial del Congreso encargada de estudiar y resolver el conflicto entre los pueblos indígenas y el Estado, tuvo la siguiente conclusión: “Todos los decretos legislativos



analizados vulneran el artículo 55 de la Cuarta Disposición Final y Transitoria de la Constitución, al no interpretar los preceptos constitucionales relativos a las comunidades campesinas y nativas de conformidad con el Convenio 169 de la OIT”.

Aníbal Quijano afirma en uno de sus ensayos que con la publicación del libro **Utopía**, del filósofo y teólogo inglés Tomás Moro (1478-1535) se produce una inflexión, un corte histórico en la forma de concebir sociedades justas e igualitarias. De acuerdo al notable pensador y autor de la teoría de la colonialidad del saber y del poder, Moro se inspira en la lectura de los informes de Américo Vespuccio, el cartógrafo de Cristóbal Colón (1492) que informa haber conocido un archipiélago ubicado en Brasil donde observa, asombrado, la organización y la vida de sociedades indígenas con prácticas de reciprocidad y espiritualidad diferentes a Occidente.

**Utopía** marca una inflexión en el pensamiento occidental. Porque antes del contacto con las sociedades indígenas de Abya Yala, en las que se inspiró Moro para escribir **Utopía**, las sociedades de Occidente miraban el pasado en busca del paraíso perdido. Después de **Utopía**, las sociedades no retroceden; avanzan. La utopía está en el futuro.



Hoy en día, en la tercera década del siglo XXI, marcada a hierro por el colapso civilizatorio, la pandemia bíblica del coronavirus y sus variantes, la amenaza de una guerra nuclear y el apocalipsis del cambio climático, las sociedades andino-amazónicas representan la nueva utopía social en la que la centralidad utópica es la defensa, conservación y uso sostenible de los bienes de la Madre Naturaleza.

Esta centralidad en el siglo XIX y principios del siglo XX, a partir de la teoría marxista, fue la construcción de un Estado y una sociedad justa, equitativa, igualitaria. Los protagonistas de esta centralidad, aún vigente, eran y siguen siendo los obreros y toda la sociedad.

En esta tercera década del siglo XXI, en el Tercer Milenio y cuando el modelo capitalista de producción y consumo insaciables y voraces y la crisis climática ponen a la especie humana, que solo representa el 0.01 por ciento de la vida en el planeta Tierra, en un escenario apocalíptico, la nueva



centralidad es la Madre Naturaleza y sus protagonistas y defensores son los pueblos indígenas andino-amazónicos.

La centralidad de la Madre Naturaleza y la nueva utopía y los paradigmas están vivos y vigentes en el pensamiento, las cosmologías indígenas, articulados a la concepción cosmocéntrica de la naturaleza: reciprocidad y espiritualidad.

La alianza estratégica entre Apus andinos y Chullahaquis amazónicos, anuncian y anticipan un **Pachacuti** y un **Ipámamu** para la construcción y creación de una nueva utopía social en el Perú del Tercer Milenio.

### **Bibliografía**

- “Incas y Amazónicos: antagonismo étnico ancestral”. Por Federico Kauffmann Doig.
- “La búsqueda la voz propia” de Ana Molina Campodónico. **Tierra Nueva**, Iquitos, 2018.
- “Estudio de la historia. Doce volúmenes escritos entre 1934 y 1961. Arnold Toynbee.
- “Amazonía 500 años”. Óscar Paredes Pando. Universidad Nacional de San Antonio de Abad, Cusco, 1996.
- “Explotación del caucho-Shiringa. Brasil-Bolivia-Perú. Tomo II. Óscar Paredes Pando.
- “Manuena-Guariguaca. En los Antis de Opatari-Amazonía Sur Oriental: siglos XVI-XX. Tomo I (Cusco, 2009) Óscar Paredes Pando.
- “La Amazonía Peruana. La última renta estratégica del Perú en el siglo XXI o la Tierra Prometida”. Róger Rumrill (CONAM-PNUD, Lima, 2008).
- “Vigencia y proyección de la cultura andina”. José Luis Ayala.